

El mal de la muerte

El mal de la

El mal de la muerte

di

Marguerite Duras

Traducido por Jos M. G. Holguera Tusquets,

Barcelona, 1984

Ttulo original:

La maladie de la mort

La paginacin se corresponde con la edicin impresa 9 Debiera no conocerla, haberla encontrado en todas partes a la vez, en un hotel, en una calle, en un bar, en un libro, en una pelcula, en usted mismo, en usted, en ti, al capricho de tu sexo enhiesto en la noche que grita por un cobijo, por un lugar en el que desprenderse de los llantos que lo colman. Pudiera haberla pagado. Hubiera dicho: Tendra que venir cada noche durante muchos das. 10 Ella le hubiera mirado largamente, y despus le hubiera dicho que en ese caso era caro. Y despus ella pregunta: Qu es lo que quiere? Usted dice que quiere probar, intentarlo, intentar conocer eso, acostumbrarse a eso, a ese cuerpo, a esos pechos, a ese perfume, a la belleza, a ese peligro de alumbramiento de nios que representa ese cuerpo, a esa forma imberbe sin accidentes musculares ni de fuerza, a ese rostro, a esa piel desnuda, a esa coincidencia entre esa piel y la vida que encubre. Usted dice que quiere probar, probar muchos das quizzes. Quizzes muchas semanas. Quizzes hasta toda la vida. Ella pregunta: Probar el qu? Usted dice: Amar. 11 Ella pregunta: Por qu otra vez? Usted dice para dormir encima del sexo quieto, all donde usted no conoce. Usted dice que quiere probar, llorar all, en ese preciso rincn del mundo. Ella sonre, pregunta: Tambin querra de m? Usted dice: S. An no conozco, quisiera

penetrar ah tambien. Y con tanta violencia como tengo por costumbre. Dicen que se resiste ms an, que es un terciopelo que se resiste ms an que el vaco. Ella dice que no tiene opinin, que no puede saber. Ella pregunta: Cules seran las otras condiciones? Usted dice que debiera callar¹² se como las mujeres de sus antepasados, doblegarse completamente a usted, a su voluntad, serle enteramente sumisa al igual que las campesinas en las granjas tras la cosecha cuando derrengadas dejaban acercarse a ellas a los hombres, mientras dorman todo ello para que usted pueda acostumbrarse poco a poco a esa forma que se amoldara a la suya, que estara a su merced como las devotas lo estn a la de Dios esto tambien, para que poco a poco, con el da creciente, tenga menos miedo de no saber dnde colocar su cuerpo ni hacia qu vaco amar. Ella le mira. Y luego deja de mirarle, mira a otro lado. Y despues responde. Ella dice que en ese caso es an ms caro. Dice la cifra a pagar. Usted acepta. ¹³ Ella vendra cada da. Viene cada da. El primer da se desnuda y se tumba en el lugar que usted le seala en la cama. Usted la mira dormirse. Ella calla. Se duerme. Usted la mira. Toda la noche. Ella llegara con la noche. Llega con la noche. Toda la noche usted la mira. La mira durante dos noches. Durante dos noches ella casi no habla. Luego, una tarde, al anochecer, lo hace. Habla. Ella le pregunta si le es til para hacer que su cuerpo est menos solo. Usted dice que no comprende muy bien esta palabra cuando designa su estado. Que est en un punto en que ¹⁴ confunde entre creer estar solo y por el contrario llegar a estarlo, y aade: Como con usted. Y luego una vez ms en medio de la noche ella pregunta: En qu poca del ao estamos en este momento? Usted dice: Antes del invierno, todava en otoo. Ella pregunta tambien: Qu es lo que se oye? Usted dice: El mar. Ella pregunta: Dnde est? Usted dice: All, detrs del muro de la habitacin. Ella vuelve a dormirse. Joven, ella sera joven. En sus prendas, en sus cabellos, habra un olor estancado, usted procurara saber cul, y terminara por nombrarlo como usted sabe hacerlo. Usted dira: Un olor a ¹⁵ heliotropo y a cidro. Ella responde: Como quiera. Otra tarde usted lo hace, como estaba previsto, duerme con el rostro en lo alto de sus piernas separadas, contra su sexo, ya en la humedad de su cuerpo, all donde ella se abre. Ella le deja hacer. Otra tarde, por distraccin, usted la hace gozar y ella grita. Usted le dice que no grite. Ella dice que ya no gritar ms. No grita ms. Jams de ahora en adelante ninguna otra gritar por usted. Quizs obtenga usted de ella un placer hasta entonces

desconocido para usted, no lo s. 16 Tampoco s si percibe el sordo y lejano zumbido de su goce en su respiracin, en ese suavísimo estertor que va y viene de su boca al aire exterior. No lo creo. Ella abre los ojos, dice: Cunta felicidad. Usted le pone la mano en la boca para que se calle, le dice que no se dicen esas cosas. Ella cierra los ojos. Ella dice que ya no lo dir ms. Ella pregunta si ellos s hablan de eso. Usted dice que no. Pregunta ella de qu hablan. Usted dice que hablan de todo lo demás, que hablan de todo, excepto de eso. Re, vuelve a dormirse. A veces usted se pasea por la alcoba alrededor de la cama o a 17 lo largo de las paredes que dan al mar. A veces llora. A veces sale a la terraza en el fro incipiente. No sabe qu contiene el sueo de sa que est en la cama. De ese cuerpo quisiera usted alejarse, quisiera volver a los cuerpos de los demás, al suyo, volver hacia usted mismo y a la vez es precisamente por tener que hacerlo por lo que llora. Ella, en la alcoba, duerme. Duerme. Usted no la despierta. La desdicha aumenta en la alcoba a medida que invade su sueo. En cierta ocasin usted duerme en el suelo al pie de la cama de ella. Ella se mantiene siempre en un sueo uniforme. De dormir 18 tan bien a veces sonre. Tan slo se despierta cuando usted le toca el cuerpo, los pechos, los ojos. A veces tambin se despierta sin razn, excepto para preguntarle si es el ruido del viento o el de la marea alta. Se despierta. Le mira. Dice: El mal se apodera siempre ms de usted, se ha apoderado de sus ojos, de su voz. Usted pregunta: Qu mal? Ella dice que todava no sabe decirlo. Noche tras noche se introduce usted en la oscuridad de su sexo, se adentra casi sin saberlo en ese callejn sin salida. A veces se queda all, duerme all, en ella, toda la noche con el fin de estar dispuesto por si, al capricho de un movimiento involuntario por 19 parte de ella o por la suya, le entraran ganas de poseerla otra vez, de llenarla an ms y de gozar de puro placer como siempre, cegado por las lgrimas. Ella estara siempre dispuesta, quisiralo o no. Precisamente sobre esto usted nunca sabra nada. Ella es ms misteriosa que todas las evidencias exteriores que usted jams ha conocido hasta ahora. Tampoco nunca sabra usted nada, ni usted ni nadie, nunca, cmo ve ella, qu piensa ella de usted y del mundo, y de su cuerpo y de su espritu, y de ese mal que ella dice que le invade. Ella misma no lo sabe. No sabra decrselo, de ella nada podra usted saber. Nunca sabra usted, nada ni 20 usted ni nadie, de lo que ella piensa de usted, de esta historia. Por muchos que fueran los siglos que cubrieran el olvido de sus existencias, nadie lo sabra. En

cuanto ella, no sabe saberlo. Porque no sabe nada de ella dira que ella no sabe nada de usted. Se empeará en ello. Ella habrá sido alta. El cuerpo habrá sido esbelto, hecho de una sola vaciada, de una vez como por Dios l mismo, con la perfección indeleble del accidente personal. Ella no se habrá parecido de hecho a nadie. El cuerpo no tiene defensa alguna, es liso desde el rostro hasta los pies. Incita al estrangulamiento, a la violación, las vejaciones, los insultos, los gritos de odio, el desencadenamiento de las pasiones cabales, mortales. Usted la mira. Es muy delgada, gracil casi, sus piernas son de una belleza que no participa de la del cuerpo. No entroncan realmente con el resto del cuerpo. Usted le dice: Usted debe ser muy hermosa. Ella dice: Estoy aquí, mire, estoy ante usted. Usted dice: No veo nada. Ella dice: Procure ver, está incluido en el precio que ha pagado. Toma el cuerpo, mira sus diferentes espacios, le da la vuelta, le da otra vez la vuelta, lo mira, lo mira otra vez. Renuncia. Renuncia. Deja de tocar el cuerpo. 22 Hasta esa noche usted no había entendido cómo se podía ignorar lo que ven los ojos, lo que tocan las manos, lo que toca el cuerpo. Descubre esa ignorancia. Usted dice: No veo nada. Ella no responde. Duerme. Usted la despierta. Le pregunta si es una prostituta. Con una señal de que no. Le pregunta por qué ha aceptado el contrato de las noches pagadas. Ella responde con una voz adormecida, casi inaudible: Porque en cuanto me hablé vi que le invadía el mal de la muerte. Durante los primeros días no supe nombrar ese mal. Luego, más tarde, pude hacerlo. 23 Le pide que repita otra vez esas palabras. Ella lo hace, repite las palabras: El mal de la muerte. Le pregunta cómo lo sabe. Ella dice que lo sabe. Dice que se sabe sin saber cómo se sabe. Usted le pregunta: En qué el mal de la muerte es mortal? Ella responde: En que el que lo padece no sabe que es portador de ella, de la muerte. También en que estará muerto sin vida previa a la que morir, sin conocimiento alguno de morir a vida alguna. Los ojos están siempre cerrados. Se dirá que descansa de una fatiga inmemorial. Cuando ella duerme usted ha olvidado el color de sus ojos, así como el nombre que usted le dio la primera noche. Después descubre que no será el color de los ojos la frontera infranqueable entre ella y usted. No, no el color, usted sabe que se navegara entre el verde y el gris, no, no el color, no, sino la mirada. La mirada. Usted descubre que ella le mira. Usted grita. Ella se vuelve hacia la pared. Ella dice: Pronto será el fin no tema. Con un solo brazo la levanta contra usted tan ligera es. Usted mira.

Curiosamente los pechos son morenos, sus aureolas, casi negras. Usted los come, los sorbe y nada en el cuerpo se mueve, ella deja hacer, deja. Quizs en un 25 momento dado usted grita una vez ms. En otro usted le dice que pronuncie una palabra, una sola, la que le nombra a usted, usted le dice esa palabra, ese nombre. Ella no responde, entonces usted grita otra vez. Es entonces cuando ella sonre. Y es entonces cuando usted se entera de que ella est viva. La sonrisa desaparece. Ella no ha dicho el nombre. Sigue usted mirando. El rostro est entregado al sueo, est mudo, duerme como las manos. Pero el espiritu aflora siempre a la superficie del cuerpo, lo recorre por entero, y de tal manera que cada una de las partes de ese cuerpo es por s sola testigo de su totalidad, la mano y los ojos, el abombamiento del vientre y el rostro, los pechos y el sexo, las piernas y los brazos, la respiracin, el corazn, las sienes y el seno.

26 Vuelve usted a la terraza ante el mar negro. Hay en usted sollozos de los que ignora el porqu. Estn retenidos al borde mismo de usted como exteriores a usted, no pueden alcanzarle para ser llorados por usted. Frente al mar negro, contra el muro de la habitacin en la que ella duerme, usted llora por usted mismo como lo hara un desconocido. Vuelve a la alcoba. Ella duerme. Usted no lo entiende. Ella duerme, desnuda, en el lugar que usted ocupa en la cama. No entiende cmo puede ser que ella ignore sus llantos, que de por s quede protegida de usted, que ignore hasta ese extremo que ocupa el mundo entero. Usted se tiende a su lado. Sigue llorando por usted mismo.

27 Pronto se acerca el alba. Pronto hay en la alcoba una sombra claridad de color indeciso. Pronto enciende algunas lmparas para verla. Para verla a ella. Para ver lo que nunca conoci, el sexo soterrado, ver aquello que engulle y retiene sin parecer hacerlo, al verlo as ensimismado en su sueo, dormido. Para ver tambin las pecas esparcidas por ella desde la orilla del cabello hasta el nacimiento de los pechos, all donde ceden bajo su peso, engarzados a las bisagras de los brazos, y tambin hasta los prpados cerrados y los labios entreabiertos y plidos. Usted se dice: en los lugares del sol del verano, en los lugares abiertos, ofrecidos a la vista. Ella duerme. Usted apaga las lmparas. Est casi claro. Todava se acerca el alba. Son 28 esas horas tan vastas como los espacios del cielo. Es demasiado, el tiempo ya no encuentra por dnde pasar. El tiempo ya no pasa. Usted se dice que ella debera morir. Usted se dice que si ahora en ese momento de la noche ella muriera, sera ms fcil, usted sin duda quiere decir: para usted, pero

no termina la frase. Usted escucha el ruido del mar que empieza a subir. Esa extraa est ah en la cama, en su lugar, en el charco blanco de las sbanas blancas. Esa blancura vuelve ms oscura su forma, ms evidente que lo sera una evidencia animal bruscamente abandonada por la vida, que lo sera la de la muerte. Mira esta forma, descubre a la vez en ella su poder infernal, la 29 abominable fragilidad, la debilidad, la fuerza invencible de la debilidad sin par. Sale de la alcoba, vuelve a la terraza frente al mar, lejos de su olor. Hay una lluvia menuda, el mar an est negro bajo el cielo descolorido de luz. Oye su ruido. El agua negra sigue subiendo, se acerca. Se mueve. No deja de moverse. Largas oas blancas lo atraviesan, un ancho mar de fondo que vuelve a caer en estrpititos de blancura. El mar negro est fuerte. Hay una tormenta a lo lejos, es frecuente, por la noche. Se queda mucho tiempo mirando. Se le ocurre la idea de que el mar negro se mueve en lugar de otra cosa, de usted, y de esa forma sombra en la cama. 30 Termina su frase. Se dice que si ahora a esa hora de la noche ella muriera le sera a usted ms fcil hacerla desaparecer de la faz de la tierra, arrojarla a las aguas negras, que bastaran unos minutos para arrojar un cuerpo de ese peso a la mar creciente con el fin de eliminar de la cama ese olor hediondo de heliotropo y cidro. A la habitacin vuelve de nuevo. All est ella, durmiendo, abandonada en sus propias tinieblas, en su magnificencia. Descubre que est hecha de tal modo que en cualquier momento, se dira, por su propio deseo, su cuerpo podra dejar de vivir, derramarse a su alrededor, desaparecer ante sus mismos ojos, y que es bajo semejante amenaza cmo duerme, cmo se expone a ser vista por usted. Que es con el peligro que corre 31 a partir del momento en que el mar est tan cerca, desierto, tan negro todava, con lo que ella duerme. Alrededor del cuerpo, la habitacin. Sera su propia habitacin. Una mujer, ella, la habita. Usted ya no reconoce la habitacin. Ha quedado vaca de vida, est sin usted, sin su semejante. La ocupa nicamente vaciado flexible y largo de la forma ajena en la cama. Ella se mueve, se le entreabren los ojos. Pregunta: Cuntas noches pagadas an? Usted dice: Tres. Ella pregunta: No ha querido nunca a una mujer? Usted dice que no, nunca. 32 Ella pregunta: No ha deseado nunca a una mujer? Usted dice que no, nunca. Ella pregunta: Ni una sola vez, ni un instante? Usted dice que no, nunca. Ella dice: Nunca? Nunca? Usted repite: Nunca. Ella sonre, dice: Es raro un muerto. Y vuelve a empezar: Y mirar a una mujer, no ha mirado nunca a

una mujer? Usted dice que no, nunca. Ella pregunta: Usted qu mira? Usted dice: Todo lo dems. Ella se despereza, se calla. Sonre, vuelve a dormirse. Vuelve usted a la habitacin. Ella no se ha movido en el charco blanco de las sbanas. Mira a 33 sa a quien nunca haba abordado, nunca, ni a travs de sus semejantes ni a travs de ella misma. Mira la forma sospechosa desde hace siglos. Abandona. Ya no mira usted. Ya no mira nada ms. Cierra los ojos para reconocerse en su diferencia, en su muerte. Cuando abre los ojos, ella est ah, todava, ella an est ah. Vuelve usted hacia el cuerpo extrao. Duerme. Mira el mal de su vida, el mal de la muerte. Es en ella, en su cuerpo dormido, donde lo ve. Usted mira los rincones del cuerpo, mira el rostro, los pechos, el rincn impreciso de su sexo. Mira el lugar del corazn. En³⁴ cuenta que el latido es diferente, ms lejano, le viene la palabra: ms ajeno. Es regular, parecera no tener que cesar nunca. Acerca su cuerpo al objeto de su cuerpo. Est tibio, est fresco. Ella vive todava. Incita al asesinato en tanto que vive. Se pregunta cmo matarla y quin la matar. Usted no quiere nada, a nadie, incluso esa diferencia que usted cree vivir usted no la quiere. Usted no conoce sino la gracia del cuerpo de los muertos, la de sus semejantes. De pronto sita la diferencia entre esa gracia del cuerpo de los muertos y sa ah presente hecha de debilidad ltima que podra aplastarse con un gesto, esa realeza. Descubre que es ah, en ella, donde se cultiva el mal de la ³⁵ muerte, que es esta forma ante usted desplegada la que decreta el mal de la muerte. De la boca entreabierta sale una respiracin, vuelve, se retrotrae, vuelve otra vez. La mquina de carne es prodigiosamente exacta. Inclinado sobre ella, inmvil, la mira. Sabe que podra disponer de ella a su antojo, de la forma la ms peligrosa. No lo hace. Por el contrario acaricia el cuerpo con la misma suavidad que si incurriera en el peligro de la felicidad. Su mano se encuentra sobre el sexo, entre los labios que se rajan, all es donde ella acaricia. Usted mira la hendidura de los labios y lo que los rodea, el cuerpo entero. No ve nada. Quisiera verlo todo de una mujer, hasta donde eso pudiera ³⁶ hacerse. No ve que esto le es imposible. Usted mira la forma cerrada. Ve primero inscribirse en la piel ligeros estremecimientos, precisamente como los del dolor. Y luego temblar los prpados como si los ojos quisieran ver. Y luego abrirse la boca como si la boca quisiera decir. Y luego percibe que bajo sus caricias los labios del sexo se hinchan y que de su terciopelo brota un agua viscosa y clida como la sangre. Entonces hace ms rpidas sus caricias.

Percibe que los muslos se separan para dejar su mano moverse a sus anchas, para que usted lo haga an mejor. Y de pronto, en una queja, usted ve invadirla el goce, apoderarse de ella por entero, levanta³⁷ la del lecho. Mira intensamente lo que acaba de realizar en ese cuerpo. Lo ve luego recaer, inerte, sobre la blancura del lecho. Respira aprisa en sobresaltos siempre ms espaciados. Y luego los ojos se cierran an ms, y despus se sellan an ms al rostro. Y luego se abren, y despus se cierran. Se cierran. Usted lo ha mirado todo. A su vez cierra por fin los ojos. Permanece as mucho tiempo los ojos cerrados, como ella. Piensa en el exterior de su habitacin, en las calles de la ciudad, en esas pequenas plazas alejadas del lado de la estacin. En esos sbados de invierno semejantes unos a otros. ³⁸ Y luego oye ese ruido que se acerca, oye el mar. Oye el mar. Est muy cerca de las paredes de la habitacin. Por las ventanas, siempre esa luz descolorida, esa lentitud del da en alcanzar el cielo, siempre el mar negro, el cuerpo que duerme, la extraa de la habitacin. Y despus usted lo hace. No sabra decir por qu lo hace. Veo que lo hace sin saberlo. Usted podra salir de la alcoba, alejarse del cuerpo, de la forma dormida. Pero no, usted lo hace, como aparentemente otro lo hara, con esa diferencia integral, que le separa de ella. Usted lo hace, vuelve hacia el cuerpo. Lo cubre por entero con el suyo, lo atrae hacia usted para no aplastarlo con su fuerza, para evitar matarlo, y luego lo hace, vuelve al cobijo nocturno, en l se encenaga. ³⁹ Permanece an en ese abrigo. Lloro una vez ms. Cree saber no sabe qu, no puede con ese saber, cree ser el nico hecho a imagen de la desdicha del mundo, a imagen de un destino privilegiado. Cree ser el rey de ese acontecimiento en curso, cree que existe. Ella duerme, la sonrisa en los labios, como para matarla. Permanece usted an al abrigo de su cuerpo. Ella est llena de usted mientras duerme. Los estremecimientos ligeramente gritados que recorren su cuerpo se hacen cada vez ms evidentes. Ella habita una dicha soada de estar llena de un hombre, de usted, o de otro, o de otro an. Usted llora. ⁴⁰ Los llantos la despiertan. Ella le mira. Mira la alcoba. Y de nuevo le mira. Le acaricia la mano. Pregunta: Por qu llora? Usted dice que ella es quien debe decir por qu llora, que ella es quien debiera saberlo. Ella responde muy bajo, con dulzura: Porque usted no ama. Usted responde que as es. Ella le pide que se lo diga claramente. Usted se lo dice: No amo. Ella dice: Nunca? Usted dice: Nunca. Ella dice: El deseo de estar a punto de matar a un amante, de guardarlo para usted,

para usted solo, de poseerlo, de robarlo contra todas las leyes, contra todos los imperios de la moral, no lo conoce, no lo ha conocido nunca? Usted dice: Nunca. Ella le mira, repite: Es raro un muerto. 41 Ella le pregunta si ha visto usted el mar, le pregunta si ya es de da, si el tiempo claro. Usted dice que despunta el da, pero que en esta poca del ao es muy lento en invadir el espacio que ilumina. Ella le pregunta por el color del mar. Usted dice: Negro. Ella responde que el mar nunca es negro, que usted debe de confundirse. Usted le pregunta si ella cree que se le puede amar. Ella dice que no se puede de ninguna manera. Usted le pregunta: Por culpa de la muerte? Ella dice: S, por culpa de esa insipidez de esa inmovilidad de su sentimiento, por culpa de esa mentira al decir que el mar es negro. 42 Y luego ella se calla. Teme usted que ella vuelva a dormirse, la despierta, le dice: Hable ms. Ella dice: Entonces, hgame preguntas, por m misma no puedo. De nuevo le pregunta usted si se le puede amar. Ella dice una vez ms: No. Ella dice que poco antes usted tuvo ganas de matarla cuando volvi de la terraza y entr por segunda vez en la habitacin, que ella lo comprendi en su sueo por su mirada sobre ella. Ella le pide que le diga por qu. Usted le dice que no puede saber por qu, que no tiene la inteligencia de su mal. Ella sonre, dice que es la primera vez, que no saba antes de conocerle que la muerte poda vivirse. 43 Ella le mira a travs del verde filtrado de sus pupilas. Dice: Usted anuncia el reino de la muerte. No se puede amar la muerte si le viene impuesta desde fuera. Usted cree llorar por no amar. Usted llora por no imponer la muerte. Ella ya est en el sueo. Le dice de un modo apenas inteligible: Ya usted a morir de muerte. Su muerte ha comenzado ya. Usted llora. Ella le dice: No llore, no merece la pena, deje esta costumbre de llorar por usted mismo, no merece la pena. Insensiblemente la habitacin se ilumina con una luz solar, an sombra. Ella abre los ojos, vuelve a cerrarlos. Dice: An dos noches pagadas, pronto se acabar esto. 44 Sonre y con la mano le acaricia los ojos. Se burla durmiendo. Usted sigue hablando, solo en el mundo como usted desea. Usted dice que el amor siempre le ha parecido fuera de lugar, que no ha comprendido nunca, que siempre ha evitado amar, que siempre ha querido ser libre de no amar. Dice que est perdido. Dice que no sabe de qu, en qu est perdido. Ella no escucha, duerme. Usted cuenta la historia de un nio. El da se asoma por las ventanas. Ella abre los ojos, dice: Deje de mentir. Ella dice que espera no saber nunca nada de la forma en que usted,

usted s sabe, por nada del mundo. Dice: No quisiera saber nada de la forma en que usted, usted s sabe, con esa certeza que proviene de la muer⁴⁵ te, esa monotonía irremediable, igual a s misma cada da de su vida, cada noche, con esa funcin mortal de la falta de amar. Dice: Ya es de da, todo va a empezar, excepto usted. Usted, usted no empieza nunca. Vuelve a dormirse. Usted le pregunta por qu duerme, de qu fatiga debe descansar, monumental. Ella levanta la mano y de nuevo le acaricia el rostro, la boca quizs. Vuelve a burlarse durmiendo. Dice: Usted no puede comprender ya que es usted quien hace la pregunta. Dice que as tambin descansa de usted, de la muerte. Usted continúa la historia del nio, la grita. Dice que no sabe toda la historia del nio, de usted. Dice que ha odo contar esa historia. Ella sonre, dice que también ha odo y ledo muchas veces esa historia, en todas 46 partes, en muchos libros. Usted pregunta cmo podra surgir el sentimiento de amar. Ella le responde: Quizs de un fallo repentino en la lgica del universo. Dice: Por ejemplo de un error. Dice: Nunca por quererlo. Usted pregunta: El sentimiento de amar podra surgir de otras cosas an? Usted le suplica que diga. Ella dice: De todo, de un vuelo de pjaro nocturno, de un sueo, del sueo de un sueo, de la cercana de la muerte, de una palabra, de un crimen, de uno, de uno mismo, de pronto sin saber cmo. Dice: Mire. Abre las piernas y en el hueco de sus piernas separadas ve usted por fin la negra noche. Usted dice: Era ah, la noche negra, es ah. Ella dice: Ven. Usted va. Dentro de ella, usted llora otra vez. Ella dice: No llores ms. Dice: 47 Tmame para que todo quede consumado. Usted lo hace, la toma. Queda consumado. Ella vuelve a dormirse. Un da ella ya no est. Usted se despierta y ella ya no est. Se ha ido durante la noche. La huella del cuerpo est an en las sbanas, est fra. Es la aurora hoy. An no el sol, pero los contornos del cielo ya estn claros mientras del centro de ese cielo cae an la oscuridad sobre la tierra, densa. Ya no queda nada ms que usted en la alcoba. Su cuerpo ha desaparecido. Su sbita ausencia confirma la diferencia entre ella y usted. A lo lejos, en las playas, algunas gaviotas gritaran en la oscu⁴⁸ ridad feneciente, empezaran ya a nutrirse de gusanos de fango, a rebuscar en las arenas abandonadas por la marea baja. En la oscuridad, el grito demente de las gaviotas hambrientas le parece de repente no haberlo odo nunca. Ella no volvera nunca. La noche de su partida, en un bar, usted cuenta la historia. Primero la cuenta como si fuera posible hacerlo, y luego renuncia a ello. Despus la cuenta rindose como si fuera

imposible que hubiera ocurrido o como si fuera posible que usted la hubiera inventado. Al día siguiente, de pronto, usted notará quizás su ausencia en la habitación. Al día siguiente, quizás experimentará un deseo de verla de nuevo allí, en la extrañeza de la soledad, en su estado desconocido de usted. Quizás la busque fuera de su habitación, en las playas, en las terrazas, en las calles. Pero no podrá encontrarla porque en la luz del día no reconoce a nadie. No la reconocerá. No conoce de ella más que su cuerpo dormido bajo sus ojos entreabiertos o cerrados. La penetración de los cuerpos usted no puede reconocerla, no puede nunca reconocerla. Usted no podrá nunca. Cuando usted llora, fue sólo por usted y no por la admirable imposibilidad de alcanzarla a través de la diferencia que les separa. De toda la historia usted no conserva más que ciertas palabras que ella pronunció en el sueño, esas palabras que nombran aquello de lo que usted padece: Mal de la muerte. Muy pronto usted renuncia, deja de buscarla, ni en la ciudad, ni en la noche, ni en el día. Con todo así pudo usted vivir este amor de la única forma posible para usted, perdiéndolo antes de que se diera. 51 El mal de la muerte podrá representarse en el teatro. La joven de las noches pagadas deberá estar acostada entre sábanas blancas en medio del escenario. Podrá estar desnuda. A su alrededor, un hombre caminará contando la historia. Sólo la mujer dirá su papel de memoria. El hombre, nunca, El hombre leerá el texto, ya sea parado, ya sea andando alrededor de la joven. No se representará nunca aquel de quien trata la historia. Aun cuando se dirigiera a la joven, lo hará por el intermedio del hombre que lee su historia. Aquí, la lectura reemplazará la actuación. Sigo creyendo que nada suple la lectura de un texto, que nada suple la falta de memoria de un texto, nada, ninguna actuación. Los dos actores deberán por tanto hablar como si estuvieran escribiendo el texto en habitaciones separadas, aislados uno del otro. Se invalidará el texto si fuera dicho teatralmente. 52 La voz del hombre deberá ser alta, la de la mujer deberá ser baja, casi descuidada. Quisiera que los recorridos del hombre alrededor del cuerpo de la joven fueran largos, que se perdiera de vista al hombre, que se perdiera en el teatro como en el tiempo para volver después hacia la luz, hacia nosotros. El escenario deberá ser bajo, casi a ras del suelo, para que se viera por entero a la joven. Deberán guardarse grandes espacios de silencio entre las noches pagadas durante los cuales no ocurrirá otra cosa que el paso del tiempo. El hombre que lee la historia estará

aquejado de una debilidad esencial y mortal que debera ser la del otro hombre el que no es representado. La mujer sera bella, personal. Por un amplio hueco sombro, llegara el ruido de la mar. Se vera siempre el mismo rectngulo negro, no se iluminara nunca. El ruido del mar sera ms o menos fuerte. No se vera la partida de la joven. Habra un apagn durante el cual desaparecera, y, cuando la luz volviera, no quedaran ms que las sbanas blancas en medio del escenario y el ruido del mar que irrumpira por la puerta negra. No habra msica. Si tuviera que filmar el texto, quisiera que los llantos sobre la mar fueran montados de tal manera que se vieran el estruendo de la blancura de la mar y el rostro del hombre casi 53 al mismo tiempo. Que hubiera una relacin entre la blancura de las sbanas y la del mar. Que las sbanas fueran ya una imagen del mar. Esto, simplemente a modo de indicacin general.

Questo copione è stato visto: